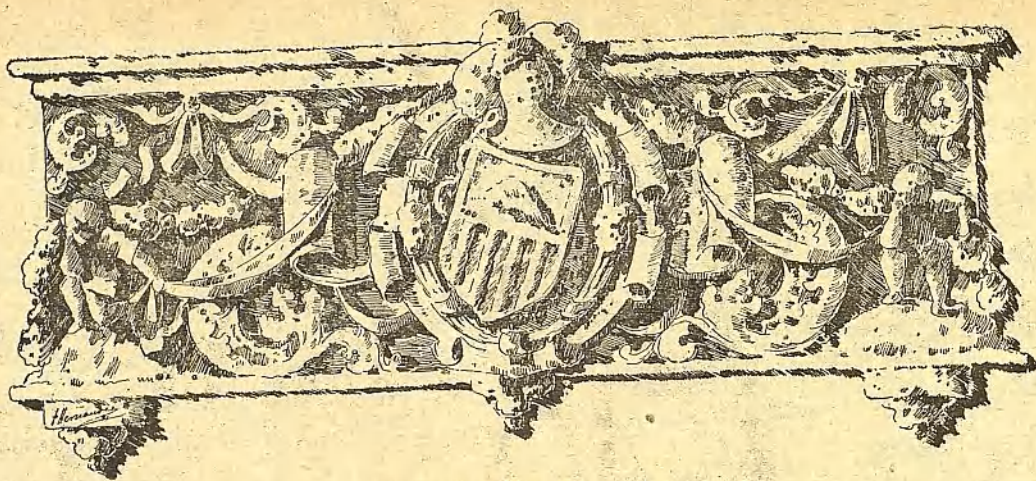


ACTORES COMICOS, por Escaler.



MANUEL RODRIGUEZ

Un actor como no hay dos.
Claro está: quien, como él,
tiene por nombre Manuel,
tiene la gracia de Dios!



LA SEMANA

Fortuna que ahora va á arreglarse lo del *modus vivendi*, que si nó, íbamos á vernos en un compromiso ante la perspectiva de un veraneo aquende el Bidasoa.

Porque no hay que olvidar que en el actual estado de nuestras relaciones comerciales con Francia, sería una falta de españolismo derrochar en Biarritz y en San Juan de Luz el dinero que puede gastarse en las playas gallegas ó guipuzcoanas.

Y calcúlese la impresión que estos temores causaban en el mundo elegante.

¡Cómo se entiendel Pasar el verano en San Sebastián como los cursis; bregar durante el estío con los duros, las pesetas y los perros chicos, y no con los luises, los francos y las monedas de diez *sous*; regresar de la expedición agarrados al botijo nacional y no al chirimbolo de hojalata lleno de agua de Lourdes...

El sacrificio era inmenso; no lo sabía bien la patria.

—¿Qué hacer?—pensaban algunas familias elegantes.—¿Iremos á Francia en secreto, para que la patria no se entere y nos maldiga?

De ningún modo; el que va á Francia quiere que se sepa, abulta cuanto puede la expedición, se corre á Bayona para comprar sus impermeables y dice luego que ha pasado en París las fiestas de Julio, que ha tomado en Vichy baños resinosos y que ha visto á Marcot para consultarle sobre un dolor de muelas, que era cuestión nerviosa, según le dijeron.

También se escuchan por ahí protestas de españolismo en labios de personas que jamás pensaron ni pudieron atravesar la frontera, y saltan que es un gusto los «héroes por fuerza», renunciando por dignidad nacional á su temporadita de Biarritz, cuando lo que ellos temen es el quebranto de moneda consiguiente al estado de los cambios y el importe de las aduanas que habían de pagar los equipajes de vuelta.

Establecido el *modus vivendi*, las cosas quedarán como el año pasado, el camino á Francia expedito y libre la conciencia de los españoles.

De ahí que las negociaciones para la fórmula internacional tengan, aparte del interés diplomático, otro interés muy trascendental para el mundo elegante que no sabe á qué carta ni á qué billete del ferrocarril quedarse.

No se trata ya, como en la víspera del establecimiento de las nuevas tarifas, del vino que espera en las aduanas, de pipas y bocoyes que llenan los muelles de las estaciones intermedias, de trenes de mercancías, largos y pesadísimos... Se trata de la cómoda y artística maleta, del mundo envuelto en lona, del *plaid* escocés, que espera arrollado para ir á Biarritz ó quedarse en San Sebastián, según caigan las pésas.

Lo malo es que, por ahora, las negociaciones son secretas y el reporter más avisado no puede sacar ni media palabra á los diplomáticos que andan en el ajo.

Cuando Mr. Roustan pasó por Barcelona hace días, tres ó cuatro noticieros se acercaron hablándole en francés, y aún en latín, que es el idioma propio del *modus vivendi*.

—¿Qué dice el embajador?—les preguntaban luego.

—Ni una palabra.

—¿Y los secretarios de embajada?

—Lo mismo que el embajador.

—¿Y sus compañeros de viaje?

—Nada, absolutamente nada; aquello no era un wagón, era un colegio de sordo-*modus vivendi*.

Esta frasecita viene á ser en los momentos actuales el *ora pro nobis* de una letanía cuyos santos son Mr. Roustan, el duque de Mandas, monsieur Meline, el duque de Tetuán y demás personajes que figuran en esta contradanza de tratados.

Pero al cabo y al fin, la diplomacia triunfará

y tendremos ocasión de premiar los relevantes servicios de nuestros cancilleres y sub cancilleres, con dos ó tres marquesados de *Villa-Modus* y cinco ó seis baronías de *Casa-Vivendi*.

Ello es nuestra pesadilla.

Resuélvase cuanto antes la cuestión del pacto provisional, que luego ya vendrá por sus pasos contados el tratado definitivo.

La compañía del Norte, la sociedad de wagones camas, los viajeros elegantes, con la inglesa gorra de viaje encasquetada en las sienes, aguardan el Santo Advenimiento de la fórmula.

La otra mañana, un caballero que ya tiene hecha la maleta, entró en la iglesia cuando ya habían cambiado el misal.

—Caballero—le preguntó á otro de la misma traza—¿llego á tiempo?

—No señor; acaban de decir el *modus vivendi*.

—¿Cómo?

—El *orate frates* he querido decir; está uno de latines hasta encima de la cabeza.

* *

Escritas las precedentes líneas veo que el *modus vivendi* es ya un hecho, y que el triunfo de nuestra diplomacia ha sido una verdadera victoria de Pirro.

A la diplomacia española le estorba lo tinto.

Pero no haya cuidado, que los franceses no irán á Roma por la penitencia.

Si pensaban atraernos hacia sus playas y balnearios merced á ese abrazo de paz, que ha resultado un abrazo de Júdas, la Providencia se encarga de mantener solitaria durante el verano á la nación vecina, pese á los buenos deseos de ésta.

Porque ya está ahí *ese*.

El huésped terrible, la traidora enfermedad conocida en el comercio con el nombre de «El huésped del Ganges», que hace días viene revoloteando por los alrededores de París, y que ahora se ha plantado de hoz y coz en mitad del cerebro del mundo.

Volveremos á los cordones, á las cartas tijereteadas, á los asperges de ácido fénico y á los acreditados terrones de cloruro.

Cunde la alarma entre las familias. En muchas casas empieza á tomarse agua del tiempo; es decir, hervida; y en otras se preparan ratoneras para el *bacillus vírgula* y mártir, ó se buscan recetas para destruirlo como á las chinches, correderas y demás bichos propios de la estación.

Acaso sea todo ello una falsa alarma y resulten simples cólicos lo que tomamos ahora por el cólera peor que se conoce.

Pero es lo que yo digo, cuando veo que desmienten las noticias del cólera y miro confirmadas las defunciones.

Si se muere la gente ¿qué más da que sea del cólera ó que sea de dolor de narices?

LUIS ROYO VILLANOVA.

LA POLICÍA RUSA (1)

La educación de un hijo es, para todo padre que habita una aldea, punto menos que imposible, y si esta aldea es rusa, el *punto menos* que está de más.

Tal era el caso de Pedro Suvaroff, riquísimo habitante de Balta, á quien sus muchos centenares de miles de rublos no habían decidido nunca á abandonar la aldea que le vió nacer en aquel apartado rincón de la Podolia, donde descansaban los venerandos restos de sus padres y las no menos sagradas cenizas de su esposa.

Pedro era, pues, huérfano y viudo; pero además tenía *otro sí*, ó sea un hijo, obra única, y por cierto póstuma, de su llorada consorte, que apenas lo dió á luz se retiró de la escena; conducta que algunos escritores deberían imitar.

Miguel, que así se llamaba el chico, en remembranza de su abuelo paterno, salió como las primeras producciones: con muy buenos versos, pero con muy poca sustancia; es decir, hermoso de formas, pero sin fondo. A los catorce años

era ya un jastialote que casi le llevaba dos dedos á su padre; uno de estatura y otro que por poco le arrancó de cuajo tirando de él para levantarle de una silla en que dormitaba el buen señor.

Pedro luchaba, pues, entre el natural deseo de hacer de su hijo un hombre de carrera y el temor de que, trasladándole á San Petersburgo, su candidez pudiera ser explotada por los malévolos; porque según parece, también en Rusia hay quien vive cazando gangas.

Venció la sabiduría y se organizó todo para que el chico trocase la aldea por la capital. Llegado el momento de la marcha, Pedro entró en el cuarto de Miguel, y entregándole unas monedas y tres botes de barro,

—Toma—le dijo—para tus primeras necesidades.

El muchacho se guardó el dinero sin preguntar nada, porque hasta los tontos saben para lo que sirve; pero al recibir los cacharros hizo un

(1) Del libro *Nada entre dos platos*, colección de preciosos artículos de Enrique Gaspar, que acaba de publicar la casa Aguilar, de Valencia.

De Farasyn

Escal. 11.2



¡PÍCARO GATO!
(Cuadro de E. Farasyn).

Lo prin

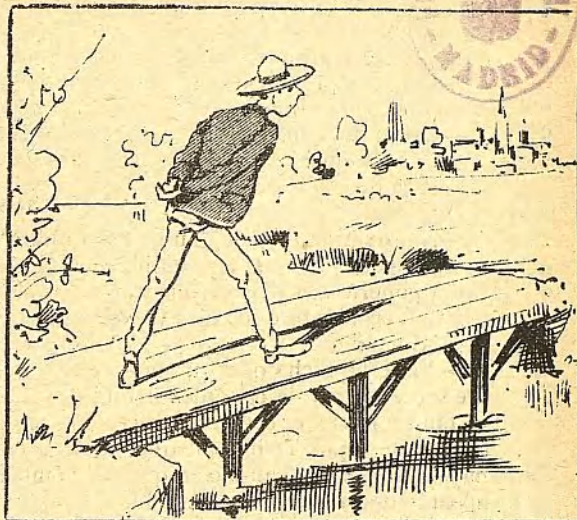
Que n
de habe

Que no
queda tod
seque el r

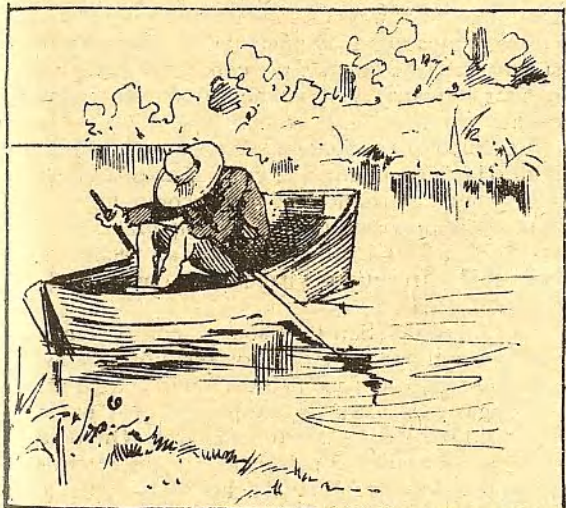
CONSEJOS PARA PASAR UN RIO SIN MOJARSE, por Gilla



Lo primero que hay que hacer es ir á la orilla del río;



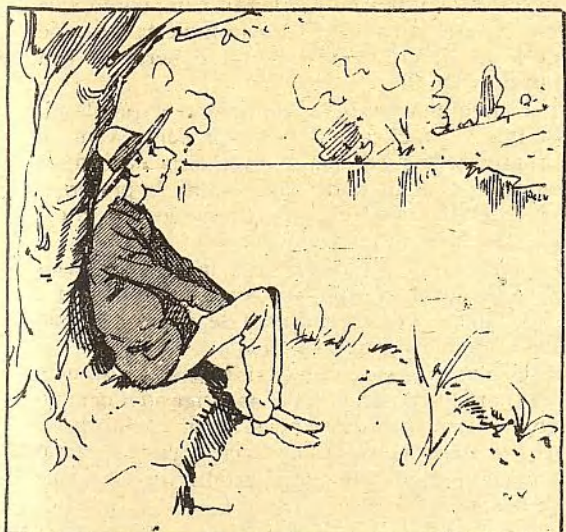
y si hay un puente, por sencillo que sea, se pasa por él.



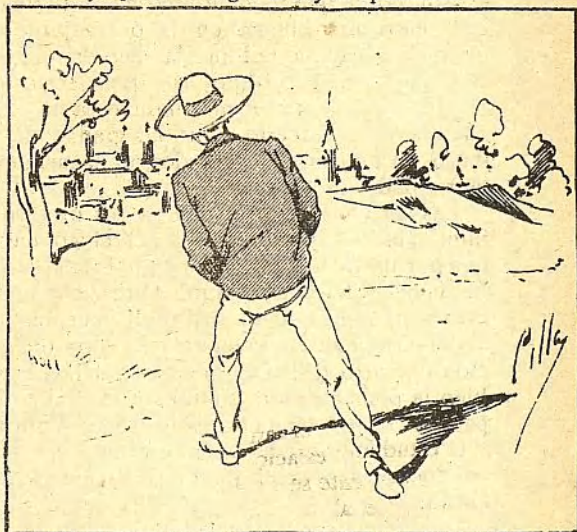
Que no hay puente. Pues se ve si hay alguna barca, y de haberla, se utiliza y se logra el objeto.



Que no hay barca, pero que en cambio algún caminante anterior ha hecho un paso con piedras. Pues se pasa por ellas, pero con cuidadito, porque si se cae uno, se moja, y si se moja, ya no se logra el objeto apetecido.



Que no hay puente, ni barca, ni paso. Pues en este caso queda todavía el recurso de sentarse y de esperar á que se seque el río.



Y si no se seca porque uno se cansa de esperar, y si se seca porque no habiendo río ya no puede uno lograr el objeto, que era pasarlo sin mojarse, lo mejor entonces es volverse á casa tranquilamente.

gesto de ignorancia más acusado que el que habitualmente imprimía carácter á su fisonomía, y el padre, comprendiendo sus dudas, le salió al encuentro, diciéndole:

—Carne de membrillo.

—¿Y para qué?

—Para que te la comas.

—¿Ahora?

—No; durante el viaje. Tú no has salido nunca del lugar é ignoras las contingencias en que van á ponerte tres días de ferrocarril.

El mancebo abrió los ojos y exclamó:

—¿Cómo?

—Ya te he dicho que aún no—repuso el padre sobrepujando la candidez del hijo.—El tren va tan de prisa, que muchas veces no tendrás tiempo de bajar. Y sin embargo, tal es la vida, hay ocasiones en camino en que el hombre se apearía de buena gana; pues bien, la carne de membrillo te permitirá mirar con desprecio el miserable minuto que en cada estación dan las empresas al viajero para solaz del cuerpo y del espíritu. Participame el resultado en cuanto llegues.

Miguel iba á abrazar por última vez á su padre; pero éste, parándole los remos:

—No he terminado—adujo.—Yo sé que tú eres íntegro y recto; pero la influencia de los amigos es temible. Vas á un país minado por el nihilismo. Huye de la política, hijo de mi alma, porque así como puedes llegar á ser ministro, te pueden ahorcar, y luego el remordimiento sería tardío. Ten presente que allí la policía está montada de un modo, que aún no has pensado la cosa cuando ya la sabe ella. Júrame que no conspirarás.

—Lo juro.

—No vayas á los cafés, porque cada camareiro es un agente disfrazado.

A Miguel se le ponía la carne de gallina. Pedro, para que la impresión fuese más profunda, no cesaba de insistir:

—El pobre que te pide limosna, el individuo que ocupa una butaca en la ópera junto á la tuya, el sastre que te toma la medida, el zapatero que te calza, no son más que esbirros que te achecan para, al menor indicio, á la sospecha más leve, hacerte subir las gradas del caldoso. La policía lo sabe todo; no hagas, por lo tanto, nada.

Las lágrimas se agolpaban á los ojos de los interlocutores, y el espanto del chico fué tal, que por un momento estuvo á punto de desistir del viaje á San Petersburgo, sustituyéndolo por otro á la inmediata ciudad de Kamenetz; pero la deficiencia de sus colegios y la justa observación que hizo Pedro de que para el hombre de bien la policía es tan inútil como el minuto de parada en las estaciones, rehicieron los ánimos, y el estudiante se metió en el tréne que debía conducirlo al primer punto de la línea ferroviaria.

—Adiós, padre—balbuceó Miguel entre sollozos.

—El cielo te bendiga.

El vehículo partió.

—Hasta la vuelta—gritó por última vez el jurisconsulto en ciernes.

A lo que Pedro, haciendo bocina de sus manos, contestó:

—Cuidado. Ninguna amistad y mucha carne de membrillo.

Casi un bote se comió el primer día el obediente hijo, viendo pasar las estaciones con la indiferencia que inspira un peine á un calvo. Verdad es que su preocupación era la policía; así es que ni comunicaba con sus compañeros, ni respondía más que con la cabeza á los empleados que subían á taladrarle el billete.

El crepúsculo vespertino del segundo día coincidió con el fin del segundo tarro. Muy presentes tenía las advertencias de su padre; pero ya empezaba á inquietar á Miguel el apego que le iba tomando al wagón. Por más que se apeaba en los puntos donde anunciaban fonda para ver si tenía gana de bajarse, no conseguía sino aumentar su pereza y al momento se restituía al coche.

Lo único que sentía era sed, pero sed devoradora. Hasta tal punto, que ya en la última etapa y próximo al término del viaje, como hubiese agotado la provisión de su cantimplora, se resolvió á pedir un poco de Kumel al vecino de enfrente, á trueque de habérselas con un polizonte.

Por fin dió en San Petersburgo con su humanidad y con una irritación de seis libras de asringente, que lo puso más seco que una yesca.

Dirigióse á la casa de huéspedes que le había indicado su padre y pidió un cuarto. Diéronle uno que se acababa de desocupar; pero interior y tan sombrío, que el muchacho suplicó que se lo cambiasen si podían.

—Precisamente—dijo la patrona—tenemos en la casa á un señor muy enfermo é impedido, que no sale de la cama y á quien molesta el ruido de la calle. Voy á ver si quiere permutar con usted.

El pobre anciano, creyendo que el que llegaba era el practicante, que diariamente venía á propinarle la medicina que recetaba el médico, se destapó como pudo para recibir la prescripción del día, que era de las que se le dan al paciente á traición.

—Yo soy, D. Fulano—dijo la casera echándole la manta encima,—yo soy, que venía á ver...

Y aquí le expuso el objeto de su misión, que fué aceptada y aún aplaudida.

Una hora después roncaba Miguel en su nuevo cuarto, reposándose de las fatigas del camino con la esperanza de vencer las irregularidades que el viaje le había ocasionado, cuando sintió una cosa extraña de que al pronto no supo darse cuenta.

Volvió la cara, pues se había acostado contra el muro, y aún pudo ver en la penumbra a un hombre que abandonaba la habitación, blandiendo un instrumento que le era familiar.

Era el practicante, que, no habiendo sido advertido oportunamente, acababa de llenar sus funciones con la premeditación de una costumbre inveterada.

Miguel, echando pie á tierra, abrió el balcón y tomando papel y pluma, escribió lo que sigue:

«Querido padre: No he hecho más que llegar á San Petersburgo y ya ha sabido la policía que me había comido tres botes de carne de membrillo.»

ENRIQUE GASPAR.

¡LO SOSPECHABA!

Ya cruzan los franceses los Pirineos
y bajan presurosos por las montañas,
y á los vivos fulgores del sol naciente
brillan sus armas.

Al rodar sus cañones la tierra tiembla,
nubes de polvo elevan con sus pisadas,
y con el fiero trote de sus caballos
el campo arrasan.

A un convento de monjas llega la nueva
de que la chusma aquella, desenfadada,
asalta los conventos y no respeta
las tocas blancas;

y al saber la abadesa que los franceses
no guardan miramientos ni á las ancianas,
pensando en el aprieto que á ella le espera,
tres noches pasa.

Todos los días saben cosas terribles
que el pánico difunden en las hermanas,
y hasta un gato que tienen en el convento
se eriza y maya.

Asustadas las monjas, piden socorro
á unos frailes que viven en la montaña,
y los frailes deciden ir con las monjas
para guardarlas.

Armados de fusiles y de escopetas,

acuden al socorro de las hermanas,
y ellas se tranquilizan viendo á los frailes
sacar las armas.

Así estuvieron juntos cuarenta días,
y al ver que los franceses nunca llegaban,
regresaron los frailes á su convento
de la montaña.

Mas ¡ay! que cierta noche los extranjeros,
y cuando aquellas monjas no lo esperaban,
se llegan á las tapias de sus jardines
y el claustro asaltan.

Se escuchan sordas voces, vagos ruidos,
rumores de murmullos y de pisadas,
y á los breves instantes, todo es tinieblas,
silencio y calma.

Cuando ya los franceses partido hubieron,
temiendo mil horrores y mil desgracias,
el abad de los frailes llegó al convento
de las hermanas.

—¿Qué tal?—preguntó el fraile—¿Qué ha sucedido?
y una monja repuso:—De nuevo nada.

—¿Qué han hecho los franceses?

—Pues... lo que Vds.

—¡Lo mismo que nosotros! ¡Lo sospechaba!

RAFAEL TORROMÉ.

EL RAYO DE SOL

En la alcoba de Elena,
por la mañana,
penetraba un destello
del sol naciente,
filtrado en las rendijas
de la ventana,
cerrada á tales horas
completamente.
Y jugaba, riendo,
con el mueblaje,
inundando de oro
las colgaduras
que eran blancas y azules,
como el celaje
donde el sol juguetea
por las alturas...
Se recreaba el rayo
junto á la hermosa;
besaba sus cabellos
encantadores;
calentaba su rostro
de nieve y rosa

y entraba por sus labios
diciendo amores.
Un día oyó una frase.
Sintióse herido
y sepultó sus luces
entre las nieblas,
huyendo de la alcoba
tan dolorido,
que vivió cuatro días
entre tinieblas.
Era el quinto de eclipse,
porque la luna,
que como es indiscreta
siempre es cobarde,
no quiere á su marido
dar la fortuna
de hablarla más que un poco
de tarde en tarde.
Confundieron sus rayos
y el sol discreto
no le contó á su esposa
la frase aquella,

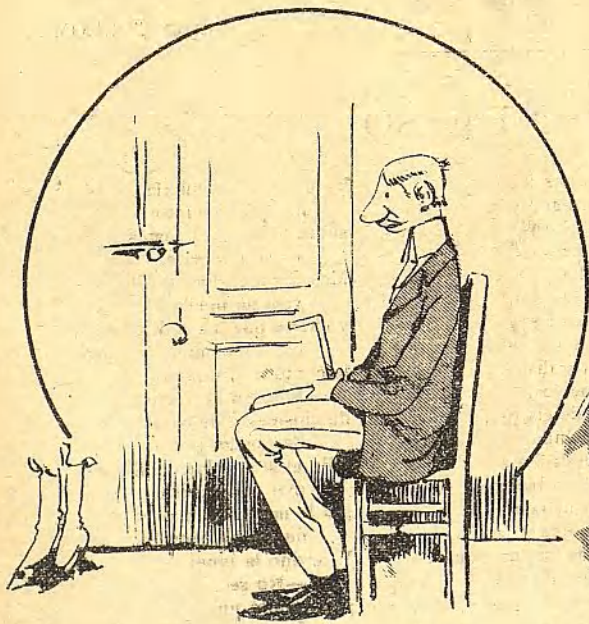
porque, avaro, quería
guardar secreto
sobre los sueños castos
de la doncella.
Mas la luna, que sólo
vive de noche
y charla por los codos
continuamente,
le contó á su marido
todo un derroche
de chismes y de cuentos
de mucha gente.
Dijo el sol:—¿Pues y Elena?
¡No tiene precio!
¡Es la más casta y pura
de las beldades!
Y le dijo la luna:
—No seas necio...
¡Y le contó una serie
de atrocidades!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

LA SEMANA COMICA
HUMORADAS DE CAMPOMOR, por Mecachis.



Con tal que yo lo crea
¿qué importa que lo cierto no lo sea?



Sé firme en esperar, que de ese modo,
algo le llega, al que lo espera todo.



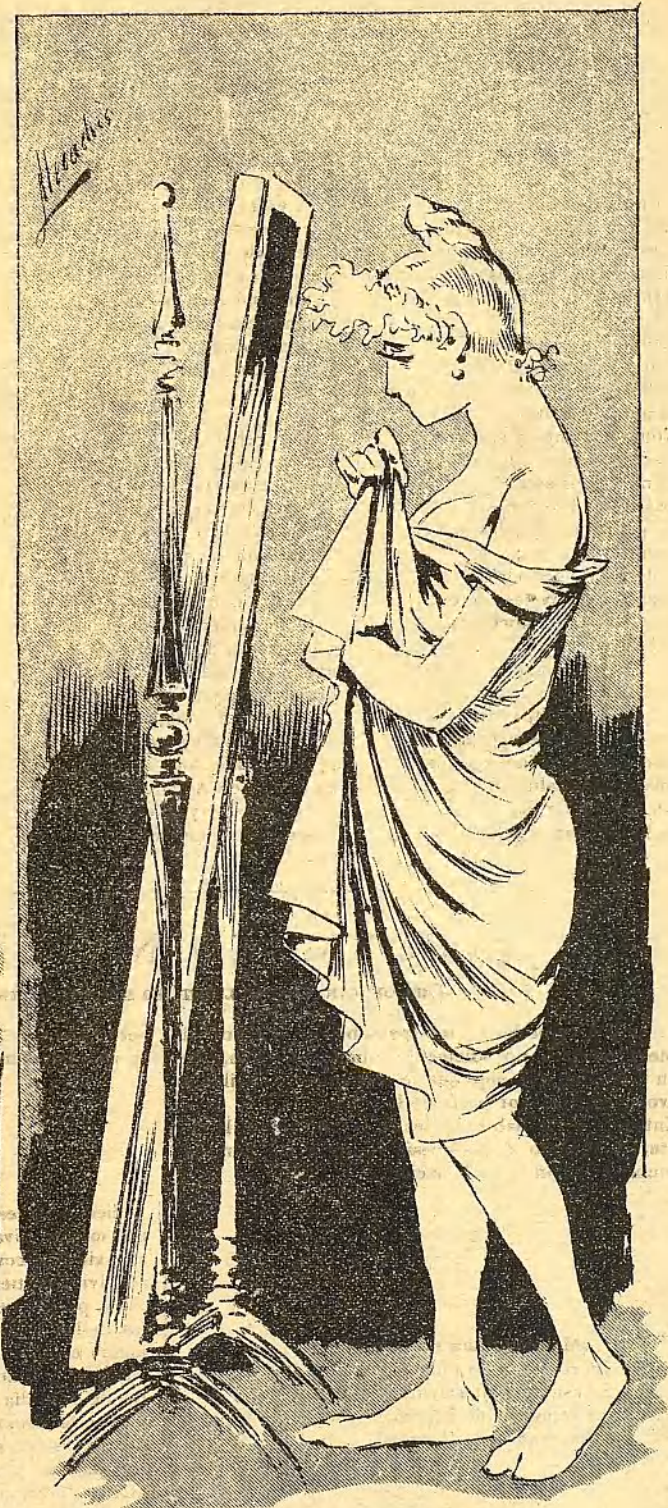
Aunque ve que la engañan con frecuencia,
no se quiere curar de su inocencia.



¡Qué forma de belleza soberana
modela Dios la escultura humana!



Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio, ¡adiós, encanto!



En cuanto á castidad todo la espanta:
ve un espejo y se tapa la garganta.

SALVADOR RUEDA

Preñez de insufribles cosas
que hubo años ha de sufrir,
puso á punto de parir
á nuestras letras gloriosas,

y también, con dolor harto
de las gentes de conciencia,
puso á merced su existencia
de las resultas de un parto.

Mas no faltó una porción
de hombres que á ellas acudieron
y sacarlas consiguieron
de su triste situación.

Acudieron con Pereda,
Galdós, Valera, la Pardo,
y acudió, aunque fué más tardo,
el inimitable RUEDA.

Como él también socorriólas.
Salvador Rueda, lectores,
fué uno de los salvadores
de las letras españolas.

El genio de aquellas gentes
eminentes las salvó;
cuando Salvador llegó
ya estaban «convalescientes»,

pero Rueda en pocos días
las acabó de curar:
¡á un muerto resucitar
él hace con sus poesías!..

¡Como que están por las luces
de un sol radiante bañadas!
¡Como que están impregnadas
de néctares andaluces!..

En ellas bulle Sevilla
y su hermosura se enseña..

Suenan como á malagueña,
saben como á manzanilla...

Se oye en ellas, sin que lo armen
moriscos, ruidos de zambra;
se bebe aire de la Alhambra,
se huele aroma de *carmen*.

A veces, ante los ojos
nos ponen alguna hermosa
de esas de *buten*, graciosa,
de ojos negros, labios rojos,

una andaluza hechicera...
¡Díganme ustedes á mí
si una poesía así
no resucita á cualquier!..

* * *

Y si reputado está
de gran poeta efectista,
Rueda como novelista
va para eminencia ya..

Rueda, cuyo ingenio aguza
Bética con sus paisajes,
ha abaratado los viajes,
á la región andaluza...

Quien quiera ir allá y no pueda
por razones de bolsillo,
apele á un medio sencillo:
que compre un libro de Rueda;

que á leer dedique un día
sus pinturas magistrales...
¡y por diez ó doce reales
ha estado en Andalucía!..

De Rueda ayer lei un tomo
y pensé—¡si será cierto!—

que ese chico ha descubierto
la fotografía al cromo.

Que inventó algún aparato
Salvador, se me figura.
Porque aquello no es pintura:
¡aquello es puro retrato!..

Ni un tipo en el libro ví
que no sea natural...

¡Aquello vale un caudal,
porque todo es *real* allí!

Aquellos tipos se ven
y se palpan, sí, señor...
Dígame usté, Salvador:
¿cómo escribe usté tan bien?..

¡Qué tipos! ¡Son de su diestra
feliz pluma obras galanas,
ó son «personas humanas»
que usté en su país secuestra
y por medios misteriosos
arrastra á su gabinete
y entre las hojas las mete
de sus libros primorosos!..

No sé que demonio son
esos tipos... Lo que sé
es que las obras de usté
guárdolas yo en un cajón,
porque me temo que un día,
—¡tan humanos se me antojan!—
los tipos que allí se alojan
cometan una osadía,
pongan, viendo el paso franco,
en polvorosa los pies...
¡y me encuentre yo después
con las páginas en blanco!..

FERNANDO SEGURA

INFORMACIÓN LITERARIA

¿QUÉ OPINAN VDS. DEL EMPLEO DEL VERSO EN EL TEATRO?

Creyendo, como creo, indispensable en el teatro el
elemento poético, no solamente admito el verso, que
es su forma natural, sino que lo encuentro preferible á
la prosa, en la mayor parte de los casos.

Entiéndase que hablo del teatro español, pues la es-
tructura y el ritmo de la poesía francesa me parecen
incompatibles con la declamación.

Manuel del Real

¿Me preguntan mi opinión?
La respuesta es muy sencilla.
Sirvan de contestación
las comedias de Bretón
y los dramas de Zorrilla.

Vital Aza

Que es una impropiedad enorme, si el teatro ha de

ser, como debe, reflejo exacto y fiel de la realidad de
la vida humana.

J. M. de Pereda

Siendo la escena el marco destinado á encerrar de
una manera viva y animada cuadros reales, deben éstos
aproximarse con toda riqueza de detalles á la verdad
relativa, que tiene por único dique el convencionalismo.

La poesía, que ocupa el puesto de preferencia entre
las Bellas Artes, porque dispone de la palabra, único
medio completo para espresar la sucesión de escenas,
ya sean de tonos dramáticos ya de incidentes cómicos,
tiende cada día con mayor fuerza á emplear exclusiva-
mente la prosa en el Teatro, porque las concepciones
dentro de este arte no son más que reproducciones de
la vida real, y en la vida real así espresamos nuestros
afectos, dejando el verso relegado á aquellos casos en
que la forma vence al fondo para lucir las galas del in-
genio.

Sancho Panza

Que si es de Zorrilla, puede immortalizar una obra detestable.

F. Peris Maudeta

Siempre harán más efecto
sobre la escena
cuatro versitos malos
que prosa buena.

Lucien Delgado

Una opinión razonada no puede darse en cuatro palabras, pero...

El verso en escena es un artificio.

En el extranjero apenas se escribe ya una obra en verso.

Prefiero buena prosa á buen verso, verso fácil á prosa incorrecta, y cualquier cosa á un diálogo empedrado con ripios.

Matías

El verso no le creo necesario en el Teatro más que para los cantables de las obras líricas.

Fuera de ese caso, si yo fuese autor, no lo emplearía nunca.

José Mesero

Si es la prosa castiza y armoniosa,
las obras deben escribirse en prosa.
Y si el verso es sin ripios, claro y terso,
deben las obras escribirse en verso.

Y el autor que dialogue mal en todo...
no las debe escribir de ningún modo.

Benigno Ramo y Canón

¿Que qué opino del empleo?.. Pues opino que es el empleado inamovible más desgraciado; por la franqueza con que le tratan la mayoría de los que escriben.

Julio Ruiz

En la escena todo es convencional: la pintura escenográfica, la declamación y la síntesis de la acción y del diálogo, tienden á producir la ilusión y herir los ánimos con toda clase de artificios. El verso, por sus

vibraciones musicales, es el lenguaje teatral por excelencia. Una gloriosa tradición hace clásico su empleo en nuestra escena, porque el arte español siempre ha perseguido, más que lo real, la idealidad y la belleza. Brisas extranjeras trajeron la prosa á nuestro Teatro, pero nunca faltarán ingenios que cultiven el verso para recreo de nuestros oídos. Nuestro Teatro antiguo, tan lírico y armonioso, es la verdadera ópera española.

José Ramón Bremón

Opino que no hay cuestión
—dicho sea con respeto.—

¿Hizo prosa Calderón?

¿La hicieron Rojas, Moreto,
Lope, Tirso ni Alarcón?

Lucas Fago y Navarro

Mi parecer es que el verso cuadra en los dramas de capa y espada, en las loas, alegorías, revistas, y todo lo que tenga que cantarse, como óperas, zarzuelas, *vau-de-villes* etc. Aunque, hoy día, tiende á predominar una escuela que afirma que la prosa cadenciosa y acentuada es más propia para la música, tal como hoy se entiende esta en Alemania, que el verso. En los dramas realistas, en las comedias y demás producciones dramáticas, lo racional es la prosa. Con ella se expresa el pensamiento con mayor libertad y exactitud. Pero aunque existan asuntos más indicados para un género que para otro, en el fondo el empleo adecuado de la prosa ó del verso depende más del genio y del temperamento del autor que del asunto que trata este.

La plenitud de la energía cerebral es la primera condición del que escribe dramas, comedias, ó lo que se quiera.

Pompeyo Jover

Allá va un dictámen, pero de *chipén*,
terminante, claro, justo, fiel, cabal:
cuando el verso es bueno, me parece bien;
cuando el verso es malo, me parece mal.

Mariano de Odris

Según y conforme.

Si el verso es *fácil* debe emplearse, pues á la vez que el diálogo se aparta poco de lo natural, resulta musicalmente agradable al oído del espectador.

Sirva de ejemplo este final de escena:

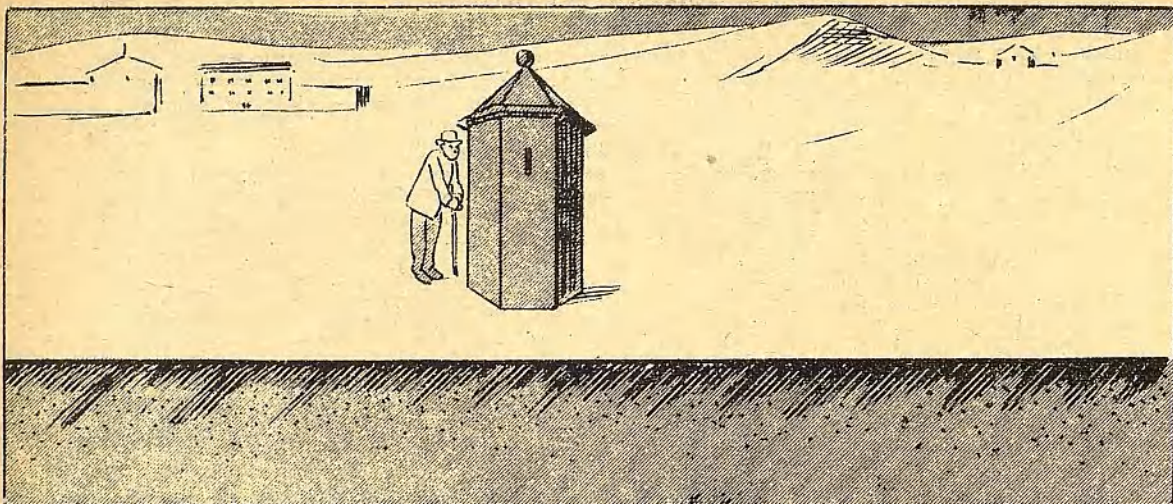
—Me voy pues.

—¿A dónde vas?

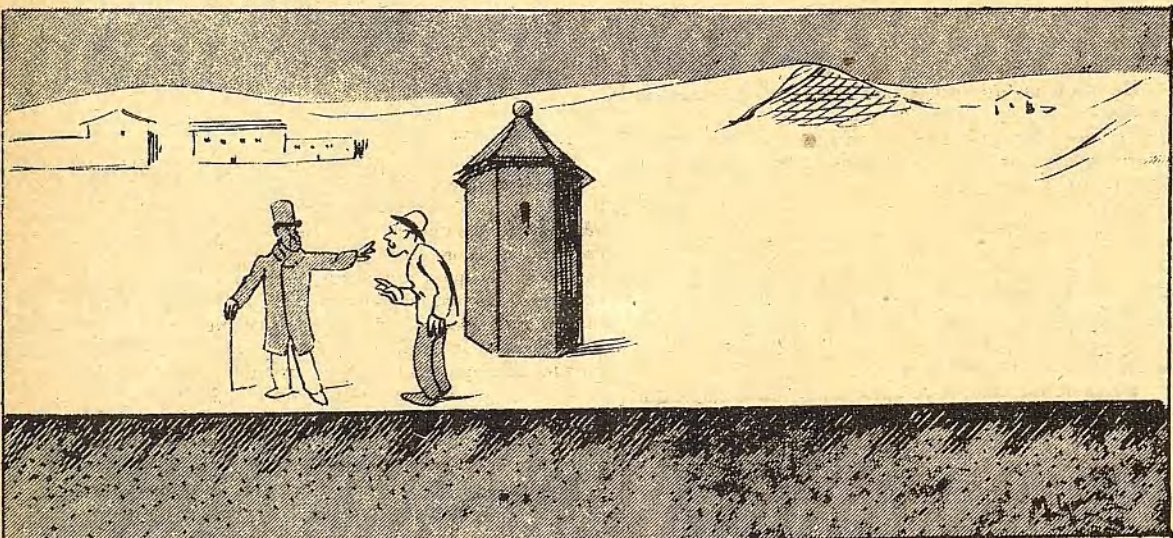
—A casa de Don Andrés,
que vive en el veintitrés
de la calle de San Blas.

LA SEMANA COMICA

UN CASO HISTÓRICO, por Melitón González.

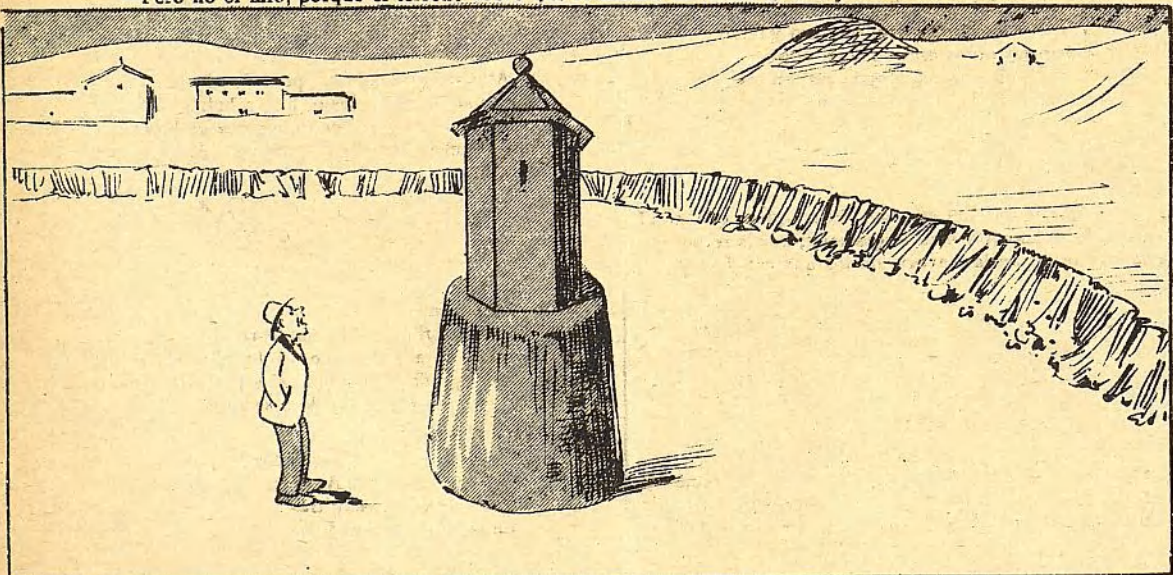


—Es el caso que el Ayuntamiento quiere rebajar más de dos metros estos terrenos; pero es el caso que yo no quiero trasladar el kiosco... y no lo trasladaré.



—Pues el terreno se ha de rebajar, porque lo exigen las obras de Ensanche.

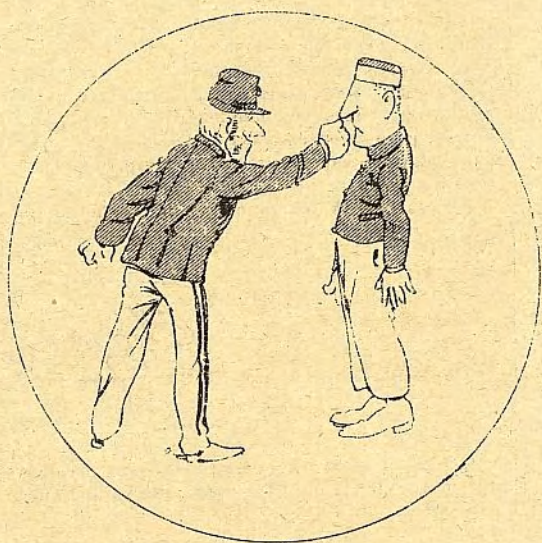
—Pero no el mío, porque el terreno sobre que se asienta el kiosco es mío y ese nadie me lo toca.



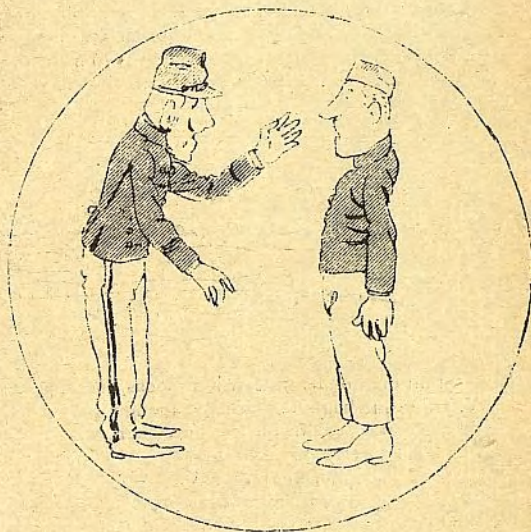
—Y ahora ¿cómo entro?

LA SEMANA COMICA

LA INSTRUCCION DEL RECLUTA, por Pons.



—Pero, cuadrúpedo, ¿no te he dicho «media vuelta á la derecha»? (*¡Pum!*)



—¡Cernícalo! ¿no me oyes? ¡media vuelta a la derecha! (*¡Paf!*)



—¡Acémilal ¡más que acémilal ¡mediaaa vueltaa a la derechaaa...! (*Nueva bofetada*).

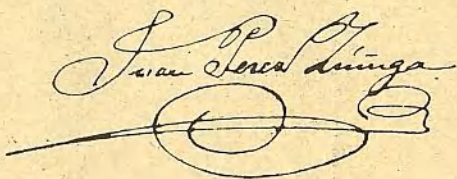


—Pero, estúpido ¿no entiendes?
—¡Recontra! ¡si es que m'atonta!

Pero si, en vez de esto, dice el autor:

—¿A dónde vas tan *prolijo*?
—A ver, *aunque no te cuadre*,
á Don Andrés, que es el padre,
¡voto á Luzbell! de su hijo,

entonces debe mandarse á paseo á la forma poética y preferirse la prosa *vil*, aun con el inconveniente de la ocasión que proporciona á los actores cómicos para que introduzcan *morcillas* sin pagar derechos de consumo. He dicho.



Si mi opinión ha de caber en pocas líneas, permítame V. antes que haga una cosa... Supongo que el derecho de preguntar será reciproco. Pues bien, voy á hacer lo que aquel personaje de Bretón:

Consultaré con V.,
la respuesta á la consulta.

O en otros términos: contestaré á la pregunta con otras preguntas.

Sírvase V. pues, contestarme á las siguientes:

1.^a ¿Qué opina V. del verso en general? ¿Es una forma *natural* de expresión (como el canto ó la prosa corriente), que luego perfeccionó el arte, ó es pura creación artística ó si V. quiere *artificial*?

2.^a Si lo primero: ¿corresponde sólo instintiva y *naturalmente* á determinado estado de ánimo, á cierto grado é intensidad de emoción, á una exaltación pasajera, como por ejemplo, la alegría, que lleva á cantar, á danzar etc., ó puede aplicarse indistintamente á todo género de asuntos y de estados?

3.^a Dado que sea el verso una forma exclusivamente adecuada á excepcionales emociones, y á una creación especial de la fantasía: ¿hay en el teatro lugar para estas creaciones? ¿los personajes y caracteres que presenta, llegan á sentir aquella intensidad de emociones?

4.^a Si es una forma de quita y pón, aplicable á todo,

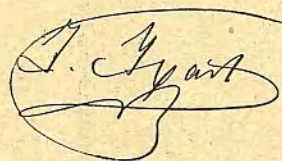
¿contraria y se opone á la corriente del diálogo, ó lo encauza, ciñe, y le da más relieve?

5.^a Incluso en el caso de que tal fuera su virtud, ¿debe procurarse en el teatro alcanzar este agrado, exornar el estilo con estos perifollos, ó es preferible la mayor energía, claridad y holgura de la prosa?

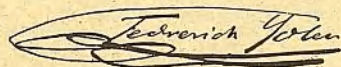
Si V. me honra contestando á estas preguntas, no tendré inconveniente en resumir en pocas líneas mi opinión... Ahora, la verdad, el problema es tan complejo, tiene tantas y tan intrincadas ramificaciones, que no me siento con fuerzas para condensarlo en una sola frase, que, de puro comprensiva, resulte sin sustancia, oscura, anfibológica, y expuesta á tantas interpretaciones como sean los gustos de los que la sean.

Me repito de V. muy atento y afectísimo amigo

Q. B. S. M.



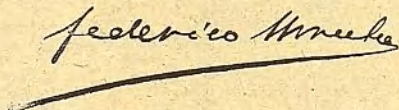
Que es cuestión secundaria: lo mismo me da verso que prosa. Que la obra sea *buen*: eso es lo esencial.



Me pregunta V. ¿qué opino del empleo del verso en el teatro? He meditado hondamente sobre ello, amigo mío, y he aquí mi opinión.

Creo que... por esta razón... y esta otra... y porque... y además, que...

Tengo la seguridad de que usted y todos los lectores están conformes conmigo. Y estoy dispuesto á sostener discusión con el que opine de distinta manera.



POBRE PORFIADO...

I

—Adiós, chico; ¿á dónde bueno?

—A casa de Beatriz.

—¿A estas horas? ¡Infeliz!

¡Sin duda no está sereno!

¿Te atreves á visitarla de noche?

—Sí; es una cita.

—¡Cómol! ¿Beatriz te invita?..

—Nada, á un ratito de charla

tomando el fresco y la luna

desde el fondo del jardín

—¡Qué me cuentas! ¿Con que al fin

conseguiste?.. ¡Qué fortuna!

—¡Cal No vayas á creer nada malo... Todavía

estoy como el primer día con respecto á esa mujer.

—Pero, entonces...

—Entro y salgo con libertad en su casa;

mas, chico, de ahí no pasa.

Eso es todo.

—¡Pues ya es algo!

¿No dije que ella es

muy devota de Platón?

—Y por esta condición

me entretiene hace ya un mes

—Pues de una mujer así,

romántica y delicada,

¡ya es mucho obtener la entrada en su casa!

—Bueno, sí;

pero de este amor platónico

insalubre y aburrido,

¿sabes lo que he conseguido?

¡Pues un resfriado crónico

que diariamente empeora

y amenaza mi existencia!

—No hay más que tener paciencia.

¡Ya te llegará la hora!

—Desde luego; y tú verás

como por eso no cejo.

Únicamente me quejo

de que se prolongue... ¿estás?

—¡Bah! La muchacha en bonita

y bien vale un sacrificio.

—¡Pues ahí está el perjuicio!

¡En que ese amor debilita!

¡Sabes tú lo que es pasar

las noches una por una
mirando siempre á la luna...
y no poderla pescar?
—Bueno; pues de todos modos
recibe mi parabién!
En estos casos, de cien,
siempre se aprovechan... todos.
Ten mucha tenacidad
y obtendrás buen resultado:
todo pobre porfiado
saca mendrugo.

—Es verdad.
No me falta obstinación.
—Lo merece la conquista.
Vaya, abur.

—Hasta la vista.
—¡Que aproveche... la ocasión!

II

—Hola, Luis.
—Hola, Guillén.

—¿Llevas prisa?

—No, no llevo.

—¿Pues qué me cuentas de nuevo?
Sin duda debes ir bien
en asuntos amorosos...
¡Veo tus ojos rodeados
de círculos azulados...
que son círculos viciosos!
—Sí, chico, sí; en este instante
acabo de ser feliz.
La encantadora Beatriz...
¿Sabes?..

—Comprendo, tunante.
Te habrá hecho disfrutar
del amoroso embeleso.
Vamos, sí; un abrazo, un beso...
y pare V. de contar.
¿No te lo dije? ¿Lo ves?
Lo de pobre porfiado
es sumamente probado.
—¡Ya lo creo que lo es!

—¡Clarol! Por ahí se empieza.
Un beso trae lo demás,
que viene solito...

—Estás
desbarrando! ¡Qué simpleza!
Pero ¿imaginas que yo
me he conformado con eso?
¿Sólo un abrazo y un beso?
¡Es muy poco! ¡No que no!
Hubiera sido un capricho
el haberme contentado...

—Pues entónce, ¿qué has sacado?
Todavía no me has dicho...

¿Es que á Beatriz la plugo
recompensar más tu amor
y te ha dado algo mejor
que el susodicho mendrugo?

—¡Pues es clarol! Y esta es buena!
¿Me crees tonto quizás?
¡Un mendrugo nada más!
¡Un panecillo de Viena!

CARLOS C. CATALÁ.

CHIRIGOTAS

Sr. D. Angel Caamaño: Por sobra de inconvenientes, que no por falta de cortesía, dejo de contestar al suelto, que, dedicado á LA SEMANA Cómica, publicó V., según me han dicho, en *El Heraldo de Madrid*, un día—no he podido averiguar cual—de la semana pasada.

He buscado el número de *El Heraldo*... y no lo he encontrado. Si V. fuera tan amable, que, como redactor que es del citado apreciable diario, me mandase el numerito aludido, yo podría honrarme contestándole. Ahora ¡clarol! no puedo.

Con que mándemelo V. y mande además á este su enemigo (porque resulta, según me han asegurado, que somos enemigos) que no le quiere mal y s. m. b.

LA SEMANA Cómica.

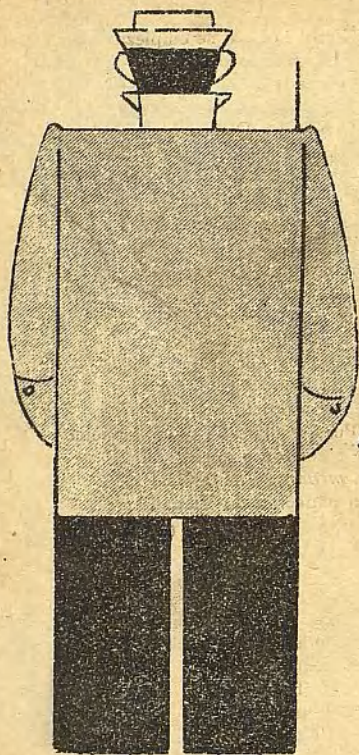
La torre Nueva de Zaragoza,
la torre Nueva se va á caer.
Según anuncian en los periódicos
pronto la empiezan á demoler.
¿Por qué la tiran? ¿Por qué? Por vieja.
¡Siempre tozudos en Aragón!
Que tiren otra, pero á Nueva...
¡la Nueva no!

A un capitán mercante en cierta casa
de la calle llamada de Castaños,
una desconocida... para todos
los que no la han tratado,
le robó el otro día treinta duros
en billetes de Banco.
Y en otra calle, en el Correo Viejo,
según dicen los diarios,
en otra casa, al parecer *non sancta*,
á un alemán, quizá también *non sancto*,
se le llevó otra Venus el pellejo
envuelto en seis billetes de cien francos.
Si es que quieres, lector, vivir en calma
y ahorrarte malos tragos,
no vayas á la calle del Correo...
¡Menos roban en esa de Castaños!

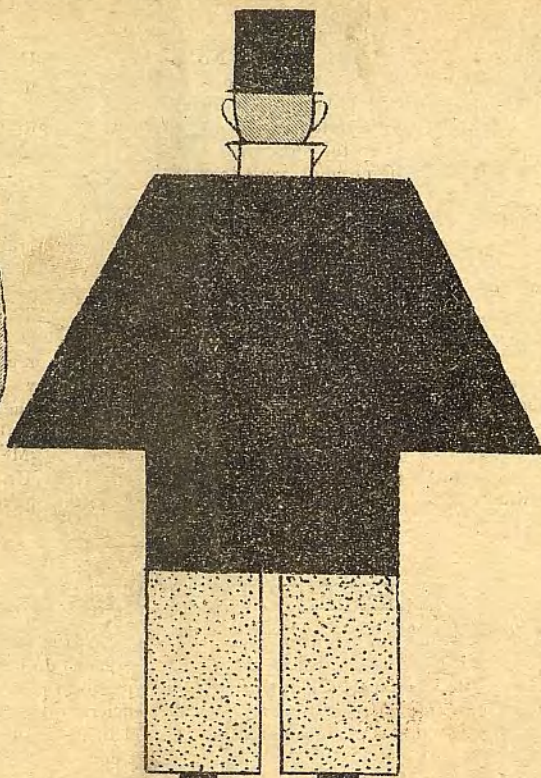
En Huelva se han repartido
esqueles de defunción,
que todo el mundo ha leído,
diciendo que ha fallecido
el buen Cristóbal Colón;
y enterando, de pasada,
á los absortos mortales,
del día y la hora fijada
para hacerle ¡funerales,
como quien no dice nada!

La noticia ha circulado
por toda la población,
y aunque al pronto no ha cuajado,
la gente al fin se ha tragado
que ha fallecido Colón.
Y así su fin lamentaban
Gedeón y un boticario
que la esquila comentaban:
—¡Lástimal! ¡Ahora que le estaban
preparando el Centenario!

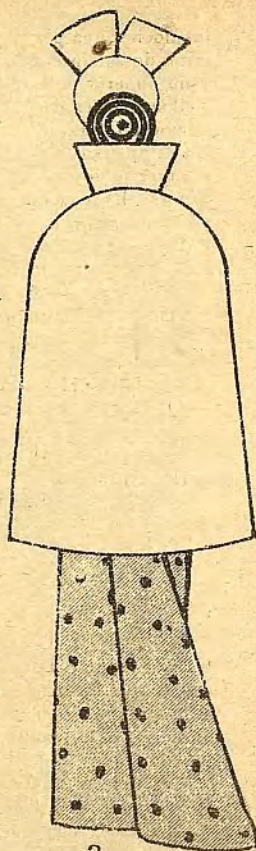
Para y óyeme... Escaler:
me han dicho que vas á hacer,
yendo á la gloria derecho,
un libro que va á valer
más que todo lo que has hecho.
Pero, hombre: eres dibujante,
eres autor aplaudido,
eres... ¡no hallo el consonante!
eres guapo, eres marido...
¿no tenías ya bastante?
Eso es una atrocidad
que no debe consentir
más tiempo la humanidad;
¿donde vamos á... parir
con esa fecundidad?
Repórtate algo, Escaler,
porque, si no, vas á hacer
que en cuanto tenga un apuro,
te coja y te diga:—A ver;
¡vengo á que me hagas un duro!



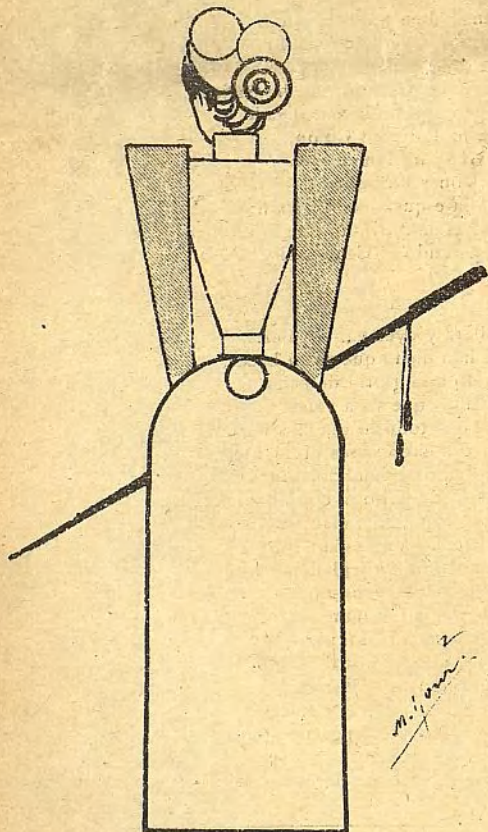
1



2



3



4

ANUNCIOS



RON BACARDÍ

PREPARADO POR
BACARDI Y C.^A
Santiago de Cuba.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

Pídase en todos los Colmados, Cafés y Ultramarinos.

WENCESLAO PONS
BOTERS, 8. - BARCELONA